

de la vida, y moderar las pasiones, dando al corazón la esperanza consoladora de una felicidad eterna. Solo la Iglesia sabe hablar dignamente este lenguaje.

Aquellos errores discurren de un modo racionalista; solo la Iglesia puede oponer contra ellos el código divino de la revelación, que es la solución de todos los problemas. Ella corrige los extravíos de la razón, sin humillarla ni exasperarla.

Aquellos errores atacan sistemáticamente toda autoridad; preciso es, por lo tanto, dar á ésta prestigio y firmeza. Nadie puede hacer esto mejor que la Iglesia, enseñando que toda autoridad viene de Dios, y predicando la obligación en que estamos de someternos á ella. Al mismo tiempo, para apagar las ambiciones, enseña que el poder es una carga pesada, y que el que lo ejerce ha de dar estrecha cuenta de cómo lo ha ejercido.

De modo que las doctrinas de la Iglesia son abiertamente contrarias á las negaciones masónicas y socialistas, y, por lo tanto, el medio más eficaz de combatir y disipar estos errores es difundir é inculcar aquellas doctrinas.

Además de sus doctrinas, tiene la Iglesia un sistema de instituciones que son la mejor salvaguardia del orden social. Cada una de esas instituciones está directamente ordenada contra alguna desgracia, contra alguna miseria de la humanidad. La Iglesia es la madre de todos los que sufren, de todos los oprimidos, de todos los *desheredados*, y se coloca siempre de parte del débil y sabe protegerle contra las demasías del poderoso. Robustece todos los lazos que unen á los hombres, y la fraternidad que predica no es una quimera, como la que predicaban los errores que estamos impugnando.

Restablézcanse las Ordenes religiosas; multiplíquense los Conventos, y este será el medio más eficaz para contener la espantosa invasión del *pauperismo*. Este será el medio más eficaz, más pacífico y más honroso de que la población quede reducida á sus justos límites, para que tengan pan todos los infelices. Opónganse las asociaciones católicas á las asociaciones ateas, y bien pronto el generoso fervor de

las primeras, sus heroicos ejemplos de virtudes, su voluntaria renuncia á los placeres y bienes terrenos disiparán el frío, las tinieblas y el materialismo que han difundido en los corazones las segundas.

La experiencia de todos los pueblos, en todos los siglos, demuestra claramente que, cuanto mayor es la falta de religión, es más desgraciada la suerte de las clases numerosas, y que entónces se lanzan éstas fácilmente al motín y á la revuelta. Pero los pueblos religiosos son pacíficos y viven dichosos.

Si comprendieran esto los Gobiernos, darían á la Iglesia el principal asiento en sus consejos y seguirían en todo sus aspiraciones, protegiéndola en su acción civilizadora, en lugar de tenerla declarada una ciega y sistemática persecución.

## CAPITULO V.

### La Iglesia maestra de la verdadera filosofía.

«No quiera Dios que yo sea injusto, ni ingrato, dice Bonet; yo contaría con mis dedos los beneficios de la religión, y reconocería que la verdadera filosofía le debe su nacimiento, sus progresos y su perfección» (1).

La filosofía es el conocimiento de las cosas naturales y divinas por las luces de la razón. «Por sus principios, la filosofía no puede hacer ningún bien que la religión no lo haga todavía mejor, y la religión hace muchos que no podría hacer la filosofía» (2).

Los mayores filósofos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que no han sido guiados en sus especulaciones por las luces de la revelación divina, no han hecho otra cosa que amontonar sistemas cada vez más falsos. En el siglo XIX los profundos pensadores alemanes y franceses

(1) *Investigaciones sobre el cristianismo*, cap. 41, pág. 221.

(2) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pág. 197.

están todavía buscando la base de la verdadera filosofía. *Siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad* (1).

Existen íntimas relaciones entre las ciencias humanas y la ciencia divina, ó la revelacion, y la Iglesia fija infaliblemente con sus decisiones los límites en que debe detenerse todo sistema científico si no quiere exponerse á errar. Semejante á un faro luminoso, ella dirige al sábio por el mar borrascoso de las investigaciones humanas. El filósofo católico sabe que toda opinion contraria á la fe es necesariamente falsa. La verdad es una. Luego la verdad natural no puede ser contraria á la verdad revelada, pues ambas tienen á Dios por autor.

El filósofo que está desprovisto de las luces de la revelacion, estudia casi siempre como un ciego: á cada paso se expone á aventurar cosas falsas y á perder en especulaciones estériles un tiempo precioso, que podría dedicar á la ciencia sólida.

La experiencia viene á confirmar nuestro razonamiento, pues en todas las investigaciones, en todos los descubrimientos científicos que se han hecho hasta el día, nada ha podido hallarse que esté en oposicion con la doctrina católica; por el contrario, el resultado de estos descubrimientos ha confirmado en todas sus partes lo que enseña la revelacion.

De modo que la Iglesia es altamente favorable al desarrollo y progresos de la verdadera filosofía, dándola seguridad y fijeza en sus conocimientos y corrigiendo sus errores. Esto es lo que aquí vamos á demostrar.

#### § I.—Armonía entre la fe y la razon.

«No solo no puede existir jamás oposicion alguna entre la fe y la razon, sino que una y otra se auxilian mutuamente; pues la recta razon demuestra los fundamentos de

(1) 2 Tim. III, 7.

»la fe, é ilustrada con la luz de ésta, cultiva la ciencia de las cosas divinas: y la fe libra y preserva á la razon de errores y la enriquece con muchos conocimientos. Por lo cual, está tan léjos la Iglesia de oponerse á la cultura de las artes y ciencias humanas, que, por el contrario, la fomenta y promueve de muchos modos. Porque no ignora ni desprecia los bienes que de ellas resultan para la vida de los hombres, ántes bien confiesa que aquéllas, así como dimanen de Dios, Señor de las ciencias, del mismo modo, si son tratadas rectamente, conducen á Dios con el auxilio de su gracia. Y tampoco impide la Iglesia que estas disciplinas, cada una en su círculo, usen de sus propios principios y su propio método; pero reconociendo esta justa libertad, procura cuidadosamente que no admitan errores contrarios á la doctrina divina, ó que, traspasando sus propios límites, ocupen y perturben las cosas que son de fe» (1).

La fe católica abunda para la razon humana en miramientos y beneficios. En primer lugar, nada le quita de lo que ya posee como propio, la deja ejercitarse libremente en el círculo de sus conocimientos naturales, y no la toma en sus brazos sino en el punto en que por sí misma ya nada puede.

Llegada aquí, no se le junta arbitrariamente, ni se le impone: se hace recibir racionalmente, se adapta por medio de las pruebas sensibles de su divinidad, á los datos que ya la misma razon posee; de tal manera, que hace ésta un acto propio al recibir el fundamento de la fe, que por esta incorporacion se convierte en una adiccion, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma.

Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que constituye su nobleza y su tormento: y no solamente satisfecha, sino preservada de mil errores y de multitud de deplorables caidas, á que la arrastraría inevitablemente esa necesaria y terrible facul-

(1) *Conc. Vatican.* in *Const. Dei Filius*, cap. 4.º

tad religiosa que no puede sofocar sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fe cristiana al espíritu humano de dos abismos, cuya alternativa es inevitable, y en cuya pendiente ha estado siempre colocado, careciendo de este divino socorro: el excepticismo ó la superstición, la impiedad ó la locura.

Por medio de este celestial instrumento volvió la razón á adquirir el conocimiento y la segura posesión de una multitud de verdades primordiales que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que estaban como derrumbadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo trastorno había conmovido y desunido todas las otras verdades que más adheridas le estaban. Al devolverle estas verdades madres en lo que tienen de más sublime, la fe las confirmó y popularizó de tal suerte, que todos podemos gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que serán para siempre la fortuna pública del género humano y el patrimonio sustituido de todas las generaciones.

Además de estas verdades primitivas, devueltas y aseguradas, el cristianismo dotó también á la razón de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamás hubiera sospechado, y que, sin embargo, armonizándose con las primeras verdades, como éstas lo hacen con los más puros instintos de la razón, se hacen para ésta reconocibles y fecundas por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas.

En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturalmente reveladas por el cristianismo, á diferencia de la oscuridad, de ignorancia y de error que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á su comprensión, y no á su noción perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Además, esta resistencia de comprensión no es tampoco absoluta; no choca con la razón, sino que la descansa, la deja materia en que ejercitarse sin oponerle nada que la confunda, y después de haberle hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, le da siempre en definitiva la convicción fija de lo mismo que no comprende. La opera-

ción de la fe es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico, que se adapta á la vista natural, y es como una *prolongación* suya. La fe ha sido como el telescopio de la inteligencia; agrandó su horizonte y le hizo descubrir nuevos astros en el Cielo del pensamiento y de la verdad.

Pertrechado con este socorro, el espíritu humano, que había permanecido por más de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se había conocido jamás: fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una religión bajo cuya influencia descubriera todas las verdades. «Al ver á la razón, dice Voltaire, hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podeis considerar la fe como una aliada que debe venir en vuestra ayuda y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla» (1).

#### § II.—*La Iglesia y el desarrollo de la inteligencia.*

A pesar de todo lo dicho, se había hecho de moda acusar al Catolicismo de cortar los vuelos de la razón y favorecer la ignorancia.

Mas cuando la Iglesia cuenta diez y nueve siglos de una existencia milagrosa, cuando ha vencido á todas las potencias del mundo, domado á los espíritus más rebeldes, propagando las más vivas luces entre todas las clases de la sociedad, cubierto á la Europa y aun á toda la tierra de monumentos notables, y cuando ha acumulado en todas partes obras y obras maestras, atreverse á sostener que es contraria, ó al ménos poco favorable al desarrollo de la inteligencia, es contradecir abiertamente á la evidencia.

La Iglesia no exige de la razón un asentimiento ciego á las verdades que enseña; presenta sus motivos de credibi-

(1) Aug. Nicolás, *Estudios filosóficos*, 3.<sup>a</sup> parte, cap. 7.<sup>o</sup>, párrafo 2.<sup>o</sup>

lidad é invita á la razon á estudiarlos. *Rationabile obsequium vestrum.*

Cuando estas verdades son misterios, superiores á la razon, ésta, en lugar de quejarse, debe agradecer á la Iglesia, que la levanta al conocimiento de verdades importantísimas de un modo nuevo que el hombre no podía sospechar. No en balde se dice *revelacion*, es decir, luz clarísima que ilumina á la inteligencia, conocimientos de que es dotada, horizonte nuevo que se le abre. La razon se pasea libremente en este campo inmenso, y tomando como premiadas las verdades reveladas, deduce de ellas las más fecundas consecuencias que aplica con seguridad á todos los ramos del saber.

Además, la Iglesia, para defenderse, necesita el apoyo de todas las ciencias y las llama en su auxilio. Ella pide argumentos á la filosofía, á la historia, á la física, á la astronomía, á la geología, á la fisiología, á la crítica, á las artes, y todas se los prestan en abundancia, y confirman su verdad. ¿Quién puede medir ni calcular los progresos que ha hecho la razon católica obligada á defender su fe? Esta adquiere mayor brillo y firmeza cuanto mayor es la ilustracion.

En el siglo pasado se conjuraron todas las ciencias contra la Iglesia, creyendo en vano convencerla de falsedad. Cuanto más vivos fueron los ataques de los enemigos, mayor fué la aplicacion de los defensores, y por ambas partes tomaron las ciencias un desarrollo maravilloso, que sin esto no hubieran tenido. Por eso se dice que la fe es el mayor estímulo de la ciencia (1).

(1) Se vió entónces, dice el P. Félix, á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir á la religion, principiar de pronto como Balaam á glorificar y bendecir: se vió á la historia arrojarse cada vez más la luz en los orígenes del cristianismo; se vió á la geología relatar la creacion de Moisés; se vió á la cronología confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la lingüística, la fisiología y la etnografía atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra

Para comprender la dichosa influencia que ejerce el Catolicismo sobre el desarrollo de la inteligencia, no hay más que comparar la ilustracion del mundo ántes y despues de la predicacion del Evangelio; el estado de las naciones cristianas y de los pueblos que aún viven en el paganismo, y el grado de cultura y de inteligencia de la mayoría de los habitantes en los pueblos católicos y no católicos. ¿A quién sino al Catolicismo deben los pueblos de Europa el ser ilustrados y sábios? Este es un punto completamente demostrado. La ilustracion y los progresos del génio y de la ciencia siguen al Catolicismo como el calor y la luz siguen al sol.

En confirmacion de esto, puede aducirse la innumerable lista de todos los hombres ilustres que ha formado el Catolicismo, y se verá que figuran en ella casi todas las notabilidades que registra la historia en todos los ramos del saber humano. Estos deben precisamente su génio al Catolicismo, como demostraremos despues.

Se dirá que tambien las sectas disidentes tienen sus celebridades. No lo negamos; pero siendo éstas como ramas separadas de un tronco principal, y como todo lo que hay en ellas de verdadero, de bello, de favorable á las ciencias y á las artes se halla igualmente en la religion católica, en más alto grado, decimos que el Catolicismo puede gloriarse

sangre... Y lo que hemos visto ya seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre disension y bajo la libre irradiacion de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: No temais la discusion ni os dé miedo la ciencia; la discusion me consolida y la ciencia me demuestra porque soy la verdad. *Ego sum veritas.* No nos inquieten las nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia si verdaderamente es la ciencia: habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con más esplendor en la luz científica.—*Discurso sobre los tres estados de la vida católica.*

de todos los hombres ilustres que se han formado bajo la influencia de las ideas cristianas. La mayor parte de los hombres grandes por cualquier concepto han vivido y han muerto en el seno del Catolicismo.

Porque esta divina religion tiene por su misma naturaleza las condiciones más favorables para dar energía y actividad á la inteligencia, en el mero hecho de que todas sus tendencias se dirigen á que el espíritu predomine sobre la carne. Cuando el hombre es más esclavo de la materia, es mayor su embrutecimiento, y, por lo tanto, cuanto más se desprende de la dominacion de los sentidos, será mayor su inteligencia y su ilustracion.

Los dogmas católicos, sus preceptos, sus consejos, las mortificaciones y ayunos que ordena, sus fiestas, y la pompa de su culto, en una palabra, todo lo que constituye esta divina religion, tiende á elevar la inteligencia, á desenvolver la imaginacion, á robustecer el génio, y á hacer guerra á las pasiones que degradan y embrutecen al hombre.

Por último, la religion católica familiariza al hombre con las ideas de la más sublime metafísica; ella le acostumbra á la reflexion, esa propiedad del alma que centuplica las fuerzas de la inteligencia, y quisiera que la vida entera fuese una continua meditacion. Así es que, los talentos formados en el retiro del cláustro, y acostumbrados á reflexiones graves, adquieren una fuerza, una sagacidad, un rigor de método y una claridad de ideas, que no puede llegar á más el espíritu humano.

### § III.—*La Iglesia corrige los extravíos de la razon.*

El filósofo cristiano tiene una base segura de donde partir para sus investigaciones; sabe el camino que debe seguir y el término á que debe llegar, y le es imposible extraviarse á ménos que no obedezca á una voluntad culpable y desordenada. Si sus teorías mal dirigidas están alguna vez á punto de precipitarle en el idealismo, en el panteísmo, en el excepticismo ó en algun otro error, la religion le con-

tiene y le dirige por el camino recto. No hace ménos uso de su razon que los filósofos paganos, y aún se aprovecha de sus observaciones cuando no las halla contrarias á la doctrina de la Iglesia; mas tiene en la autoridad infalible de ésta una piedra de toque en la que puede experimentar sus conclusiones, y si son errores opuestos á la revelacion, vuelve á examinarlos y halla que los racionios que apoyaban aquellas conclusiones eran falaces, puesto que entre la recta razon y la revelacion, no puede haber oposicion ni pugna.

Siendo inmenso el campo que recorre la filosofia, é innumerables y gravísimas las cuestiones que trata, ocupándose de todos los entes, desde Dios hasta el átomo, y de sus múltiples relaciones, es claro que el espíritu humano no puede por sí solo abarcar tan gigantesco círculo. Por aquí se comprende la importancia, y, mejor dicho, la necesidad de la autoridad infalible de la Iglesia, apoyada en la asistencia divina, á fin de levantarle, si cae, y de corregirle, si se extravía.

Cuando el hombre se lanza al océano de la filosofia, está expuesto á un doble peligro de naufragio. Unas veces, despues de largas y fatigosas meditaciones, se postra abatido por un trabajo interminable, y mirando en torno suyo, se ve asaltado por las angustias de la duda y arrastrado al excepticismo. Entonces se siente tentado á abandonar sus investigaciones para aturdirse en los placeres materiales. «¡Adelante! le grita la religion, ¡adelante! La vida no consiste en el movimiento del cuerpo y en los placeres de los sentidos, sino en el movimiento intelectual y en los gozos inefables del pensamiento.» Otras veces, en lugar de ser abatido por la desesperacion, se siente desvanecido por la presuncion. Removiendo todas las cuestiones con una inconcebible temeridad, agita en sus fundamentos, á riesgo de quedar sepultado bajo sus ruinas, todas las bases en que descansa el mundo intelectual y moral. «¡Detente! le grita entonces la religion; el escudriñador de la majestad quedará oprimido por la gloria. El que quiere abarcar y comprender todo queda reducido á no saber nada. No hay

fuerza para el génio sino en la docilidad, no hay grandeza verdadera sino en el abatimiento.»

Solo la religion está en disposicion de poner un freno saludable á esta razon orgullosa, á la cual ninguna fuerza humana podría domar, y que, por otra parte, es tan propensa á abusar de sí misma, porque habiendo sido criada para poseer algun dia la verdad en toda su plenitud, se llega á persuadir que está en su naturaleza adquirir en esta vida tan dichosa posesion.

El primer medio que ella emplea es recomendarnos una prudente desconfianza de nosotros mismos, y hacernos considerar la humildad como la base más segura del dogma y de la moral. La razon, abandonada á sí misma, es débil y con frecuencia cae en error buscando la verdad; de aquí es, que debemos estar en guardia contra sus soberbias sugerencias, sobre todo cuando trata de ponerse en pugna con las verdades unánimemente admitidas. El verdadero sábio es modesto, humilde y desconfiado de sí mismo. Él comprende cuánta es para la razon la felicidad de creer. ¿Qué se ha de pensar de la razon que rechaza con un orgulloso desprecio las verdades sublimes que han tenido el asentimiento de todas las edades y ante las cuales se han inclinado los génios más vastos?

Por otra parte, esta humillacion, que hace sufrir á la razon, no la hiere, porque no es arbitraria, y, porque al mismo tiempo, la ennoblece con verdades altísimas y las pone á su disposicion. Al nutrir á la razon de estas verdades, reprime su avidez insaciable de saberlo todo, la hace penetrarse de su ignorancia, y disipa la nécia idea de que nada es superior á nuestra comprension. Así evita los abusos de la razon.

Por último, la da vigor y fuerza, dándola una antorcha que ilumina las inteligencias; la fe. Esta es el áncora de salvacion para todos los extravíos de la razon. La razon que debe desconfiar de sí misma, puede apoyarse en una autoridad infalible. Con esta palanca poderosa remueve todas las cuestiones, y procede en sus investigaciones con entera seguridad y con inquebrantable firmeza.

#### § IV.—*La falsa filosofía.*

En confirmacion de todo lo dicho tenemos un argumento decisivo que nos suministra la experiencia.

Todos los sistemas filosóficos, contrarios de algun modo á la enseñanza de la Iglesia, por especiosos que hayan sido, por éxito brillante que hayan alcanzado á su aparicion, por numerosos sectarios que hayan tenido, han caido en desuso al cabo de algun tiempo, y han sido rechazados como absurdos.

Ninguno de ellos puede resistir el exámen de una critica severa é imparcial, sin que se descubra desde luégo su vacío y su falta de base, y que crean ó dejan en pié más problemas nuevos que los que resuelven. Sin la fe nada sólido se puede edificar, *porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo* (1). Y al paso que todos los sistemas filosóficos se desacreditan, la filosofía verdadera, la católica, ve todos los dias confirmarse de nuevo sus doctrinas y adquirir nueva luz sus explicaciones. *Porque el fundamento de Dios permanece firme* (2).

Lo notable es que estos sistemas filosóficos son inventados y defendidos por oposicion al Catolicismo, y en nombre de los derechos de la razon. Y, sin embargo, llevando todos la misma bandera, se hacen entre sí la guerra más encarnizada, se desacreditan unos á otros, y tambien unos á otros se convencen de su mútua falsedad. La Iglesia podría evitarse el trabajo de condenarlos y sentarse tranquilamente á contemplar cómo se destrozan. Ellos pasan y caen sin honor; lo pueden todo contra sí mismos y nada contra la Iglesia. La filosofía católica avanza majestuosa sobre sus ruinas, dispuesta á recibir el ataque de nuevos errores, que tendrán la misma suerte que los pasados.

Además, estos mismos sistemas filosóficos, que rechazan las verdades católicas como contrarias á la razon, ponen

(1) I Cor. III, 11.

(2) II Timot. II, 19.

verdaderamente á la razon en contradiccion consigo misma. «Los absurdos en que incurren negando la revelacion, dice Bossuet, son más insostenibles que las verdades cuya sublimidad les espanta; y por no querer creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro errores más incomprensibles.» No se calcula bien lo que es preciso creer para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con las pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desechar ningun punto de la fe cristiana sin reemplazarlo por otro punto mil veces más inadmisibile, y sin poner un *absurdo* en el lugar de una *dificultad*. Esta conducta temeraria de la falsa filosofía, justifica por completo al Catolicismo en sus relaciones con la razon.

Echaremos una rápida ojeada sobre algunos sistemas contrarios á la filosofía católica, y se verá que son tambien contrarios al mismo buen sentido.

(A).—*El panteismo.*

Muchos caminos, dice menseñor Maret, conducen al entendimiento á este error. Nuestros contemporáneos, sobre todo, son conducidos á él por la negacion de la creacion, ó de la revelacion divina. Por estos caminos ha marchado la filosofía del siglo al panteismo, que ataca al cristianismo en sus dogmas, en su moral y en su culto, que no ve en él más que una forma pasajera de la humanidad, y quiere absorberle en su unidad.

Por el panteismo es divinizada la humanidad, la cual no es sino la manifestacion de las potencias de lo absoluto: todas sus formas son legítimas, todos sus errores son santos, lo pasado queda amnistiado; y en lo presente, uno de sus medios más activos de influencia es el excitar sin cesar y exclusivamente al progreso material. La industria y las máquinas son para él los verdaderos agentes de la civilizacion, y no cesa de convidar á los hombres al banquete de todos los goces, y da rienda suelta á todas las pasiones. Él, que no puede producir sino el despotismo ó la anarquía,

se hace el apóstol de la libertad y del progreso; y no pudiendo asegurar al hombre la inmortalidad de su alma, se manifiesta pródigo en promesas de un magnífico porvenir. ¡Tal es la verdadera herejía del siglo XIX!

La confusion de Dios con el mundo, la divinizacion del universo, la identificacion de lo finito é infinito, la unidad de sustancia son absurdos tan groseros y palpables, que no se concibe cómo pueden tener aceptacion en este siglo, llamado de las luces (1).

Es evidente que el panteísmo es contrario á la fe. No es ménos contrario á la razon.

En efecto: 1.º, es evidentemente falso en su principio. Si buscamos lo que puede haber comun en los varios sistemas del panteismo, reconoceremos que, bajo un lenguaje diferente, parten todos de un mismo principio; la identidad de sustancia. Que con Hegel se llame la *idea* ó el *sér*; que con Schelling lleve el nombre de *absoluto*; que se presente con Fichte como el *yo*; con Espinosa como el *infinito*; siempre se afirma el mismo principio. Pero el buen sentido y la razon rechazan y condenan este principio. Conozco, dice Bergier, que yo soy *yo* y no otro, una sustancia separada de cualquiera otra, un individuo real y no una modificacion. Preguntad á todos los hombres, y hallareis en ellos un sentimiento indestructible de la distincion de los séres.

2.º El panteismo, considerado en sí mismo, repugna abiertamente á la razon. ¿Qué es en efecto un Dios compuesto de todos los séres que existen en el mundo, y que quizá ellos mismos no son más que simples fenómenos ó engañosas apariencias? ¿Se concibe una sustancia única, inmutable, desenvolviéndose incesantemente, y que reúne en sí atributos contradictorios, la extension y el pensamiento? ¿Qué es una existencia vaga é indeterminada, que ni es sér ni modo, y que, sin embargo, constituye el mundo espiritual y el mundo material? Y, ¿se llaman filósofos los que admiten tales delirios!

3.º El panteismo no es ménos funesto en sus consecuencias.

(1) Véase lo que digimos en la 1.ª parte, cap. 1.º